

MOLINUEVO, J. L., *Magnífica miseria. Dialéctica del Romanticismo*, Murcia, CEN-DEAC, 2009.

La abundancia de luz es  
un error occidental.  
MANUEL VILAS. *España*.

Si recordamos, José Luis Molinuevo cerraba *La vida en tiempo real* (2006) llamando la atención (recuperando) el cariz insuficiente de la ilustración del entendimiento (el «atrévete a saber» kantiano) con relación al proyecto de emancipación ilustrado. Un proyecto que, según Schiller, debía verse completado con la incorporación de la ilustración del sentimiento («atrévete a sentir») para una educación estética del hombre, previa a la ética y la política, fundamentada en la belleza y en la relación armónica de la razón y el sentimiento, no en su oposición.

Ambos proyectos son ilustrados por emancipatorios, pero el primero lleva a una dicotomía entre conocimiento y sentimiento, que no acepta el segundo, y que tratará de superar en una síntesis la estética romántica (p. 37).

Un cierre, como vemos, que era al mismo tiempo un comienzo y una continuación. Así el inicio de este libro, *Magnífica miseria*, donde ya se reconocen las deudas con algunas de sus obras anteriores, como son *Estéticas del naufragio y de la resistencia* (2001) y, en particular, *Humanismo y Nuevas tecnologías* (2004). Obras en las que también ha desarrollado su programa de análisis del presente articulado en torno al «pensamiento en imágenes», forma de experiencia estética en la sociedad de las nuevas tecnologías, así como el lugar que en ella ocupan la tecnoilustración y el tecnoromanticismo.

No deja de ser significativo, entonces, que sea justo ahora cuando se retoma ese viejo asunto del Romanticismo, su herencia,

en un momento en el que la actualidad del debate sobre el posmodernismo podemos darla por agotada. No somos posmodernos, pero tampoco tenemos idea de lo que somos *ahora*. De ahí que sea pertinente volver con la mirada hacia el pasado para interrogar *eso propio* romántico que ha de servirnos como *diagnosis de futuro* (Rafael Argullol). O, dicho de otra forma, recuperar ese programa, pues en él descansan muchas de las claves de nuestro presente inmediato. Ahora bien, desde un enfoque renovado que rechace de antemano los lastres (tópicos fosilizados) que arrastra el Romanticismo y que vienen desde antiguo asociados a él. El fruto malogrado de lecturas transversales y proyectos hermenéuticos superficiales cuyo signo aún se percibe en novelas contemporáneas de tirada folletinesca (Corín Tellado, Florencia Bonelli) y en algunas producciones de Hollywood (*Shakespeare in love*, 1998. *Evening*, 2007) que aún hacen pie, tocan fondo, en nuestros imaginarios.

Es por tanto desde este enfoque como debemos aproximarnos a este libro, cuyo principal objetivo consiste en vislumbrar la actualidad del romanticismo (reconociendo al mismo tiempo las limitaciones naturales a esta empresa) a partir del romanticismo de la actualidad o, lo que es lo mismo, desde su perduración (presencia) en el presente, único modo de recrear lo romántico en clave de actualidad. Bien pensado, y tópicos aparte, el Romanticismo está hoy más vivo que nunca. Una afirmación que exige matices, pero que apunta hacia esa posibilidad de abordar el presente y la sociedad contemporánea desde algunas de sus cuestiones centrales, como eran (y son) la libertad, el individualismo, la totalidad.

La actualidad del romanticismo histórico sólo es posible si su núcleo es ahistórico. Es propio de cada época a condición de que se dé en todas [...]. De este modo, lo romántico, sin esencialismos, hunde sus raíces en una condición humana que es histórica y

social [...]. El romanticismo es un ascua que se pone a arder tan pronto como se aventan las cenizas culturales de las modas (p. 22).

Forma parte de su esencia ser flujo constante, renovación, resistencia a permanecer (Wallace Stevens). Una particularidad que ya se pone de manifiesto en el subtítulo del libro, *dialéctica del romanticismo*, en claro acercamiento a la *Dialéctica de la Ilustración* acometida y desarrollada por Adorno y Horkheimer en 1944. Una obra ambiciosa que partía de una cuestión fundamental que acabaría por desencadenar toda una serie de tesis (fragmentos filosóficos) en torno a la Ilustración y la necesidad de una realización integral de la misma. ¿Cómo era posible que a pesar del programa ilustrado la Humanidad se hubiera instalado en la barbarie?, ¿no era eso contradictorio con la propia idea de razón instrumental? Urgía una crítica de ese ideal (ilustrado) de dominación de la naturaleza que paradójicamente había conducido a la barbarie y a la alienación del hombre. Una reforma en profundidad del concepto de razón (empresa que Adorno afronta en la *Dialéctica negativa*), fundamentada en el respeto por la negación y las contradicciones, asumiendo la diferencia de forma no conflictiva, y sin abandonar la Ilustración, pues se trataba de hacerlo desde ella y no a su margen.

Del mismo modo que la Ilustración fue despojada de su propia dialéctica, así ocurrió con el Romanticismo, incluso y a pesar de que en ella se revele cómo «mitologizar y desmitologizar es el tejido de Penélope del que está hecha la cultura occidental, y que en ello estriba su “magnífica miseria”» (pp. 13-14). Un contraste («ironía trágica romántica») que ya no se fundamenta en la dignidad del hombre, sino en su indignidad, lo mediocre de ser sí mismo: la fuerza oscura motriz del Romanticismo Negro.

Tal y como se (de)muestra en este libro, José Luis Molinuevo nos propone un acercamiento a esto mismo a través de una serie

de referentes y recorridos textuales (más pensamiento en imágenes) que va desde los «orígenes» (ese desgarrar aún irresuelto entre el Uno y el Todo) hasta el momento actual, donde el conflicto resulta claramente irremediable («un romanticismo a la altura de nuestro tiempo», p. 161) y determinante por lo mismo para el decurso de nuestra cultura.

Pero no se trata aquí de plantear una alternativa (el Romanticismo Negro que articula y genera este discurso), sino de aportar luz, construyendo y deconstruyendo tradiciones. Pensemos si no en las reminiscencias de esa «nueva» condición que aún hoy podemos contemplar en la pervivencia de lo sublime en nuestro tiempo y en las nuevas tecnologías: las identidades tecnorrománticas, el hombre entendido como ser tecnológico. Porque «los dioses no han muerto sino que han huido al ciberespacio». (p. 14). Es esa la tragedia: la fractura y pérdida de los ideales trascendentales, la aparición de nuevas formaciones (mitologías) que ya no tienen ese mismo carisma. Su producto son los (anti)héroes actuales, seres vencedores en lo cotidiano (la ironía como artefacto de defensa). Posibilidades vitales atravesadas por el *tedium vitae* y el sufrimiento, la conciencia del «abismo».

Seres errantes en un mundo de dioses suicidas.

Jara Calles